



# Las novelas tontas de ciertas damas novelistas



George Eliot

Traducción del inglés y prólogo a cargo de  
Gabriela Bustelo



IMPEDIMENTA



LAS NOVELAS TONTAS  
DE CIERTAS DAMAS NOVELISTAS

El género de las Novelas Tontas Escritas por Mujeres tiene muchas subespecies que, según la calidad concreta de la tontería que predomine en ellas, pueden ser superficiales, prosaicas, beatas o pedantes. Pero la amalgama de todas estas subespecies variopintas produce un género —basado en la fatuidad femenina— donde pueden incluirse la mayoría de estas novelas, que podríamos llamar del estilo de «artimaña y confección». La protagonista suele ser una heredera, a menudo una aristócrata de buena familia, con un séquito de amantes que incluye a un barón siniestro, a un duque bonachón y al irresistible hijo menor de un marqués. Todos ellos aparecen en primer término; en un segundo plano tenemos un cura y un poeta que suspiran por sus huesos; y en el trasfondo se agita una multitud de admiradores indefinidos. La heroína deslumbra a su público con la

mirada y el ingenio; tiene la nariz tan inmaculada como las costumbres; el intelecto tan afinado como la voz de contralto; el gusto tan divino como la fe religiosa; y, por si esto fuera poco, baila como una ninfa y lee la Biblia en todos los idiomas originales. Sin embargo, puede suceder que la protagonista no sea una heredera, en cuyo caso el rango y la riqueza son sus únicas deficiencias; en cualquier caso, nuestra infalible heroína logra entrar en la alta sociedad, donde triunfa al rechazar a un buen número de pretendientes y casarse con el mejor; y al final luce una joya de familia, o algún objeto similar, que le confiere la necesaria redención. Los hombres libertinos se muerden los labios de rabia y desconcierto ante las ingeniosas respuestas que ella les da o hacen penitencia por sus reproches que, cuando la ocasión lo requiere, alcanzan elevadas cotas retóricas; en general, la heroína muestra una propensión al discurso y cuando se retira a su dormitorio tiende, en mayor o menor grado, a la rapsodia. Si en las conversaciones públicas asombra por su elocuencia, en las privadas fascina por su lucidez. Se le atribuyen un entendimiento capaz de desentrañar a la primera las ramplonas teorías de los filósofos y un instinto que sirve de brújula a quienes se dejan guiar por él, pues les permite funcionar como un reloj. A su lado, los hombres desempeñan un papel muy subordinado. La insinuación esporádica de que estos caballeres puedan tener algún amorío nos recuerda

que la rutina cotidiana del mundo sigue existiendo pese a todo, cosa que sirve de consuelo, aunque la verdadera meta de estos señores parezca ser la de poder acompañar a la heroína en su carrera estelar. Al verla en un baile, quedan deslumbrados; en una exposición de flores, fascinados; en un paseo a caballo, hechizados ante su noble porte de amazona; en misa, sobrecogidos por la melosa solemnidad de su conducta. Es la mujer ideal, por sus sentimientos, sus virtudes y sus gestos. Pese a ello, a menudo se casa con el hombre equivocado, sufriendo terriblemente debido a las tretas y las intrigas del cruel barón; pero hasta la muerte tiene debilidad por semejante personaje, solucionando los tropiezos de nuestra heroína en el momento más preciso. El barón siniestro suele morir en un duelo y el marido cargante fallece de una enfermedad, no sin antes rogar a su esposa que le haga el gran favor de casarse con el hombre a quien realmente ama, pues ya se ha encargado de enviar una nota al amante para informarle del grato acuerdo. Antes de llegar a este agradable desenlace, sin embargo, debemos pasar por el trance de ver a nuestra noble, hermosa y perspicaz heroína metida en grandes apuros, pero nos satisface saber que sus lágrimas van a parar a pañuelos bordados a mano, que su cuerpecillo se desmaya sobre las mejores tapicerías y que, por muchas vicisitudes que pueda sufrir, desde verse obligada a saltar de su coche hasta tener que afeitarse la cabeza

por una fiebre, siempre supera los contratiempos con la piel más luminosa y los tirabuzones más frondosos que antes.

Es justo confesar un grave error de juicio, enmendado al descubrir que las novelas tontas transcurren casi todas en el entorno de una alta sociedad de enorme elegancia. Pensábamos que las mujeres necesitadas se hacían novelistas, como se hacen institutrices, porque ambas ocupaciones permiten ganarse el pan de un modo bien visto por la sociedad. Por ello, la sintaxis imprecisa y los argumentos inverosímiles nos producían cierta ternura, como los acericos superfluos y los absurdos gorros de noche que venden los ciegos por las calles. Si la mercancía literaria parecía un estorbo inútil, era un consuelo saber que el dinero serviría para aliviar las penurias de gentes necesitadas, por tratarse de mujeres solas que tenían que procurarse el sustento, o de esposas e hijas dedicadas a producir el «material» por puro heroísmo, tal vez para pagar las deudas del marido o comprar las medicinas del padre enfermo. Este convencimiento disuadía de criticar toda novela publicada por una mujer: por mal que escribiera, sus motivos parecían irreprochables; por poca imaginación que tuviera, su paciencia se antojaba infinita. Bajo la mala literatura había un estómago vacío; bajo la tontuna, un mar de lágrimas.

¡Pero no! La observación de la realidad hizo necesario relegar aquella teoría, como tantas otras teorías bonitas. A tenor de los hechos, podemos asegurar que las novelas tontas femeninas se escriben en circunstancias bien distintas. Huelga decir que sus bienintencionadas autoras jamás han cruzado palabra con un tendero, salvo desde la ventana de su carruaje; están convencidas de que la clase trabajadora la componen unos «subordinados»; piensan que ganar quinientos al año es una miseria; creen en dos verdades primordiales: el barrio de Belgravia y los salones de los barones; y para despertar su interés, un hombre tiene que ser como mínimo un gran terrateniente, aunque siempre es preferible un primer ministro. Como era de esperar, escriben en un elegante saloncito, en tinta de color violeta y con una pluma engarzada de rubíes; la contabilidad editorial es un asunto que les resulta ajeno y su única relación con la pobreza es la de su pobre cerebro. Si en sus narraciones produce un asombro constante la falta de verosimilitud de esa alta sociedad en la que aparentan vivir, tampoco parecen tener trato con ninguna otra forma de vida. Si los caballeros y damas que retratan son improbables, sus hombres de letras, sus comerciantes y sus campesinos son imposibles; y tienen un intelecto peculiarmente dotado para reproducir con imparcialidad tanto lo que han visto y oído, como lo que no han visto ni oído, ambos con idéntico desacierto.

Cabe suponer que pocas mujeres ignoren lo que es un niño de cinco años, pero en la recién publicada *Compensación*, una novela del género de «artimaña y confección» que se define como una historia sobre la vida real, aparece una niña de cuatro años y medio que habla al estilo del bardo Ossian, como puede comprobarse en este párrafo:

«—Ay, qué feliz soy, mi querida y maravillosa mamá. He conocido... He conocido a un ser encantador, que me recuerda a todo lo bello que hay en este mundo: el olor a flores frescas y la vista desde Ben Lemond; no, es mejor aún, porque verle es como ver todas mis cosas preferidas. Y también me recuerda a mamá cantando, sí. Y tiene una frente tan ancha como ese lejano océano —dijo la niña, señalando hacia las aguas azules del Mediterráneo—. Una grandeza que parece no acabar nunca, como ese cielo estrellado que tanto me gusta en las noches de verano cuando hace buen tiempo... No me mires así... Tu frente es como el Loch Lomond, cuando sopla el viento al caer la tarde; me gusta la luz del sol cuando el agua está lisa... Por eso ahora me gusta más que nunca... *El lago es aún más bonito estando sereno y oscurecido por una nube, cuando el sol de pronto ilumina cada uno de los colores de los bosques y las vistosas rocas moradas, y todo ello se refleja en las aguas*».

No sorprende descubrir que este portento infantil, cuyos síntomas tienen un preocupante parecido con los de una adolescencia anulada por la ginebra, desciende de una madre que también es un verdadero fénix. Se nos asegura, una y otra vez, que la señora está dotada de una mentalidad extraordinariamente original, que es un genio «consciente de su singularidad» y que la fortuna la ha bendecido con un amante que también es un genio y un hombre de «una inteligencia única».

Leemos que este amante «maravillosamente semejante» a ella «en cuanto al juicio y al talento» posee «una superioridad infinita en lo relativo a la fe y la experiencia», y la señora descubre en este ser «el *agapé*, tan difícil de hallar, sobre el que había leído con profunda admiración en su Testamento griego; pues tal era su facilidad para los idiomas que leía las Sagradas Escrituras en sus lenguas originales». ¡Por supuesto que sí! El griego y el hebreo son un simple juego para nuestra heroína. El sánscrito lo aprende como si fuera el abecedario. Y sabe hablar con toda corrección cualquier idioma, menos el suyo. Estamos ante una políglota pizpireta, una Creuzer con faldas. Pobres hombres. Son tan pocos de ustedes los que hablan algo de hebreo; lo consideran digno de alarde solo si, como Bolingbroke, logran «apreciar dicha erudición y cuanto se ha escrito sobre ella»; y tal vez suspiren por las mujeres capaces de despreciarles, sucesivamente, en todas las lenguas semíticas. Sin embargo,



como se nos hace saber de modo casi invariable que la heroína tiene una cabeza «primorosamente pequeña», dotada de una inteligencia avivada por su temprana atención a la vestimenta y el porte, podemos atribuirle un talento para los idiomas orientales, con sus correspondientes dialectos, que captará con la etérea desenvoltura de una mariposa al libar el néctar de una flor. Además, ¿quién va a dudar de la inconmensurable erudición de la protagonista cuando la de la autora es tan evidente?

En *Laura Gay*, otra novela de la misma escuela, la heroína parece menos curtida en griego y hebreo, deficiencia que compensa gracias a su juguetona familiaridad con los clásicos latinos: su «buen amigo Virgilio», el «elegante Horacio», el «humano Virgilio» y el «grato Livio»; tanto es así que la buena mujer cita a los clásicos en una excursión campestre, ante un grupo varipinto de damas y caballeros que no tienen, se nos dice, «sospecha alguna de que el bello sexo pueda despertar envidia por algo semejante». La biógrafa de Laura Gray lamenta que «en la sociedad no predomine la más sabia y noble representación del sexo femenino, incapaz de albergar tan vil sentimiento; pues mientras abunden seres como la señorita Wyndham y el señor Redford, su mera existencia exigirá grandes sacrificios». Sacrificios tales, suponemos, como abstenerse de hacer esas citas latinas, cuyo moderado interés y escasa utilidad

práctica parecen indicar que la sabia y noble minoría del mencionado sexo estaría tan dispuesta a prescindir de ellas como su necia e innoble mayoría. Una persona bien educada no tiene por costumbre citar a los clásicos en latín cada vez que acude a una reunión social. Tanto los hombres como las mujeres contienen su familiaridad con el «humano Cicerón», impidiendo que asome durante una conversación coloquial, y en cuanto al «grato Livio», citarle tampoco es algo absolutamente irreprimible. El latín de Cicerón, sin embargo, constituye la modalidad más liviana de la conversación de la señorita Gay. En una ocasión, estando en el Palatino con un grupo de turistas, nuestra heroína considera oportuno hacer un comentario tan logrado como este: «La verdad solo puede ser pura objetivamente, pues incluso en las religiones, donde pretende predominar, es subjetiva y se halla dividida en fragmentos que tienen, a la fuerza, su propia idiosincrasia, o, por así decirlo, un matiz supersticioso mayor o menor. En los credos como el católico, la ignorancia, las nociones paganas y los intereses políticos se han ido entremezclando con la verdad pura hasta transformarla finalmente en una mole de supersticiones aceptadas por la mayoría de sus adeptos; y cuán pocos de ellos, ¡ay!, tienen el entusiasmo, el valor y el brío intelectual necesarios para percibir que se trata de un abigarrado montón de basura bajo el que yace una valiosísima perla». Sabemos de

muchas mujeres con ideas más novedosas y profundas que las de Laura Gay, pero pocas con una inoportunidad tan prolija. Un piadoso lord, alarmado ante las audaces ideas que hemos citado, empieza a sospechar que la dama pueda ser una librepensadora. Pero se equivoca. Cuando, afligido por las circunstancias, el educado caballero pide permiso a la heroína para «recordarle esa reserva de ánimo a la que acudimos para consolarnos de nuestras penas, cosa que tendemos a olvidar hasta que la dureza de la vida nos lo recuerda», descubrimos que ella dispone con frecuencia de esa «sagrada reserva», pues no le basta con un par de tazas de té. En *Laura Gay* el desfile de fortunas y coches elegantes tiene un cierto regusto ortodoxo, pero es una ortodoxia mitigada por el estudio del «humano Cicerón» y por una «predisposición intelectual al análisis».

*Compensación* tiene una carga doctrinal mayor, aderezada con una dosis triple de cursilerías mundanas e incidentes absurdos, capaz de satisfacer los remilgos de los paladares volubles. Linda, una heroína más soñadora y espiritual que Laura Gay, nos llega ya «presentada en sociedad» y con unos amantes mucho más espléndidos. Entre los personajes hay mujeres pérfidas y fascinantes, hasta una *lionne* francesa. Y en general no se repara en gastos para ofrecernos un argumento tan apasionante como el de la más inmoral de las novelas. Un maravilloso popurrí, a decir verdad, donde apare-

cen el club social Almack's, la clarividencia escocesa y los desayunos de Mr. Rogers, mezclados con bandoleiros italianos, conversiones en el lecho de muerte, escritoras excelsas, amantes italianas y planes de envenenar a ancianas, todo ello aliñado con una guarnición de charlas sobre «la fe y el progreso» y las «mentalidades verdaderamente originales». Incluso la señorita Susan Barton, la excelsa escritora cuya pluma «avanza veloz y decidida cuando está creando», desprecia las mejores oportunidades de matrimonio. Y aunque por edad podría ser la madre de Linda (a cuyo padre ha rechazado, según se nos dice), tiene de pretendiente a un joven conde desairado por la heroína. Parece ser que el genio y la moralidad deben verse respaldados por aspirantes idóneos, para no parecernos asuntos más bien tediosos; y si la piedad quiere ser *comme il faut*, ha de aparecer «en sociedad», como tantas otras cosas, y tener acceso a los mejores círculos.

*Rango y belleza* representa una variedad más superficial y menos religiosa del género de «artimaña y confección». De la heroína descubrimos que «si había heredado el orgullo de su padre y la belleza de su madre, poseía un carácter entusiasta tal vez propio de su época, incluso en las clases más bajas; entusiasmo que, si se cultiva, progresa hacia el indómito espíritu del romanticismo solo en los descendientes de familias longevas, quienes lo consideran su mejor herencia». La entusiasta

señorita, a fuerza de leer el periódico en voz alta a su padre, se enamora del primer ministro que, a través de los artículos de opinión y los resúmenes parlamentarios, brilla en su imaginación como una estrella resplandeciente y única, sin un paralaje correspondiente a la vida campestre que lleva ella bajo el sencillo nombre de «la señorita Wyndham». Pero al poco se convierte por derecho propio en la baronesa de Umfraville, maravillando a propios y extraños cuando sale de su mansión de Spring Gardens y hace su aparición en sociedad donde, como podrán imaginar, se topa con su objeto amado, sobre el que nunca había posado los ojos. Tal vez las palabras «primer ministro» les hagan pensar en un sexagenario ajado u obeso; pero les ruego que descarten la imagen. Lord Rupert Conway ha llegado al cargo «siendo aún bisoño, por así decirlo, ante cualquier circunstancia que pueda darse en el *universo*» y no hay artículo de opinión ni resumen parlamentario capaz de superar esta quimera.

«La puerta se abrió nuevamente y entró lord Rupert Conway. Evelyn le miró. Lo que vio no la decepcionó. Era como llevar tiempo contemplando un retrato que, de pronto, cobrase vida, de modo que el hombre retratado saltara del marco ante sus ojos. Su esbelta figura y la distinguida sencillez de su porte lo convertían en un Van Dyck encarnado, en un caballero, en uno de sus